

les. La naturaleza le había dotado de una cosa que no se puede adquirir si ella la niega: el genio. Sus progresos fueron muy rápidos, y bien pronto Bautista pudo abandonar el conservatorio para ir á perfeccionarse tomando lecciones de los maestros célebres, distribuidos por Italia.

A los veintian años se representó en Roma su primera ópera que sólo obtuvo un mediano éxito, pero que sin embargo encerraba bellezas de primer orden. Se dedicó al estudio con nuevo ardor y *La Olimpiada* obtuvo un éxito extraordinario. El nombre de Pergolese fué bien pronto conocido y hasta popular en toda Italia. Sus composiciones religiosas agradaban de tal manera al Papa que un día hizo llamar al músico al Vaticano y le encargó un *Stabat Mater* para el Viernes Santo.

Pergolese pidió tres meses de término y se fué á trabajar á la misma casa que habitó en la niñez y que pertenecía á su prima María, casada hacía bastante tiempo. Pero la época en que debía entregar el *Stabat Mater* se aproximaba á pasos agigantados, sin que hubiera escrito una sola nota, porque todo lo que hacía lo iba rompiendo, considerando inferior á la altura de su nombre. A la hora en que le encontramos sentado al clavicordio, no había más que ver su frente, que reflejaba el pálido brillo de una lámpara suspendida del techo, para adivinar todo el ánimo, perseverancia y firme voluntad que había consagrado á su objeto.

Pergolese no tenía más que treinta y tres años, y sin embargo, su frente se veía surcada por algunas precoces arrugas, y su cuerpo ligeramente arqueado. Los trabajos continuos y el estudio le han envejecido antes de tiempo.

—No,—decía paseándose con agitación por el cuarto.—A esta música le falta expresión; es demasiado brillante, y yo necesito una especie de sencillez dolorosa que conmueva.

Y se sentó de nuevo al clavicordio para ejecutar un nuevo motivo que se acompañaba murmurando por lo bajo: *Stabat Mater dolorosa*.

—Frio, siempre frio,—gritó de nuevo golpeando con violencia el instrumento.—¿Qué hacer? Dentro de ocho días es el Viernes Santo; si para entonces no he compuesto mi obra, ¿qué dirá nuestro Santo Padre? ¿cómo presentarme en Roma? ¿Y qué triunfo para nuestros rivales!... ¡Oh! no, no quiero darles el placer de divulgar por todas partes que no he sabido cumplir mi promesa. Manos á la obra, mi reputación pende de esta obra.

Y se puso al clavicordio con más ardor. En un momento de inspiración creyó haber encontrado un hermoso motivo, y llevado por el fuego de la composición, se puso á cantar en alta voz. Después, como un hombre que se acuerda de una cosa importante, se detuvo y exclamó:

—Pero ¿qué hago? olvido que el hijo de María está enfermo y voy á despertarle con mis gritos.

Y se puso á cantar más bajo; pero se detuvo de nuevo, y dijo cerrando el clavicordio:

—No, no es esto, es preciso calma; lágrimas y no sonidos.

¡Rafael! ¡Rubéns! ¡Miguel-Angel!—exclamaba ¿cómo lo habéis hecho para pintar con tal verdad el sublime dolor de la Virgen llorando á su hijo crucificado? ¿Cómo lo habéis hecho para presentar tan verdadera, tan conmovedora, tan horrible esta escena de desolación maternal? ¿De dónde habéis tomado aquella desesperación? ¿Dónde habéis encontrado aquellas lágrimas? ¿Maestros vosotros, habéis pintado el *Stabat Mater*, y yo no puedo cantarlo! ¿Dónde encontraré yo cuatro notas que hagan llorar á los que las oigan, como el dolor de la Virgen hace llorar á los que admiran vuestros cuadros? ¡Oh inspiración sublime, no quieres bajar hasta mí!

Dijo, y se puso á leer en alta voz el himno del *Stabat* como si tratara de penetrarse bien de las palabras. Después de haber acabado la lectura meditó un instante, y ya iba á ponerse á componer cuando oyó pasos en la escalera, y una voz que decía:

—¡Bautista, Bautista, baja pronto, que mi hija se muere!

Pergolese no contestó; pero siguió tristemente al desgraciado padre. Cuando llegó junto á la cama de la niña una sola cosa le llamó la atención: su prima María que se había arrojado á los pies del médico diciéndole con una voz seca y breve, donde se revelaba exactamente toda la inquietud maternal:

—¿No es verdad que la salvaréis? ¿No es verdad que vivirá?

El médico movió tristemente la cabeza, é inclinándose al oído de Pergolese, le dijo estas palabras:

—Todas las madres son así, no comprenden que sus hijos puedan morir. Esta niña no tiene ya diez minutos de vida.

María había tomado el gesto del médico por

un signo de esperanza, y casi con una sonrisa se acercó á la cama; pero cuando sus labios tocaron la frente de su hija, estaba fría: acababa de morir.

La madre dió un grito y cayó al suelo sin sentido. El médico le prodigó algunos socorros para hacerla volver de su desvanecimiento; poco á poco volvió en efecto, y aproximándose á la cuna tomó entre las suyas las manos de la niña como si quisiera calentarlas. El médico consolaba al padre, que lloraba en un rincón. Pergolese no decía nada, pero tenía el corazón oprimido y no separaba sus tristes miradas de María.

De repente, ésta que, como había dicho el médico, no podía creer en la muerte de su hija, se cercioró de su inmensa desgracia al ver ya acardenalados los ojos de la niña y al sentir sus pequeños dedos completamente helados.

—Hija mía, hija mía,—gritaba dando rienda suelta á sus lágrimas.

Y el dolor de la pobre madre se hizo tan delirante, que el médico no creyó prudente dejarla más tiempo en aquella habitación, y trató de arrancarla de la cuna de su hija. En vano fué el intento. Con tal fuerza se había agarrado que fué preciso dejarla para acudir á consolar al padre, doblemente afligido como padre y como esposo.

Pergolese estaba inmóvil, solamente que sus ojos, húmedos todavía por las lágrimas, brillaban de una manera extraordinaria. Después de haber observado tristemente esta escena dolorosa, en que todos los sollozos de la madre desolada encontraban eco en su corazón, su emoción llegó á ser tan violenta, que recibió en sumo grado lo que pedía una hora antes: la inspiración. Y como sucede casi siempre, la inspiración había sofocado el sentimiento que le había hecho nacer. Pergolese había enmudecido su dolor para no perder nada de lo que hablaba tan alto á sus ojos y á su corazón. Aquella habitación se había convertido para él en el Calvario, donde María, sollozando sobre la cuna de su hijo, era la Virgen regando con sus lágrimas el cuerpo mutilado del Salvador tendido sobre la Cruz.

El *Stabat Mater* estaba todo entero ante sus ojos, y lo observaba con avidez para recogerlo bien y guardarlo en su alma. En una palabra, el artista había reemplazado al hombre. Como su presencia era inútil en este instante, aprovechó un momento en que María se había calmado un poco, para subir á su habitación. Púsose enseguida al clavicordio, la inspiración bullía en su cerebro; pero en el momento de poner los dedos sobre las teclas, un nuevo grito de la madre desolada llegó á su oído.

—¡Oh, no!—dijo levantándose.—Aquí no; eso sería una profanación. ¡Pobre María! ¡Pobre niña! Estas no eran las lágrimas que me hacían falta.

Y tomando un violoncello debajo del brazo descendió al jardín y fué á colocarse debajo de un árbol, á bastante distancia de la casa. Allí, en medio de una noche serena, bajo un cielo estrellado y teniendo delante de los ojos en el horizonte el golfo de Nápoles y á la negra silueta del Vesubio, se puso á componer.

El viento de la noche llevaba los sollozos de María hasta el sitio en que Pergolese, con el fuego de la inspiración en la frente, hacía llorar las cuerdas del violoncello bajo el arco.

Cuando terminó la primera estrofa del himno doloroso la cautó bajito para conocer el efecto. Algunos vecinos que supieron la muerte de la niña, al escuchar aquel canto aseguraron que era la voz de los ángeles que venían á buscar el alma de la niña para llevársela al cielo.

A la media noche Pergolese se vió obligado á suspender su obra; el frio se había apoderado de él hasta el punto de que sus dedos se negaban á sostener el arco.

—Concluiré mañana,—dijo.

Y se dirigió hacia la casa. Al pasar por delante de la habitación mortuoria hizo el signo de la cruz diciendo:

—¡Pobre madre!... ¡Pobre niña!

De regreso en su habitación se puso á transcribir sobre el papel la música que acababa de componer, á pesar de los escalofríos que le daban. Aun tardó un buen rato en concluir su trabajo y se acostó diciendo:

—Mi prima me perdonará que no haya bajado á consolarla. Por otra parte, ¿de que le servirían mis consuelos? su desesperación la impediría oírme.

Y se durmió murmurando por lo bajo:

—*Stabat Mater dolorosa*.

### III.

A los tres días de enterrado el cadáver de la hija de María, se abrió la tumba de Pergolese. El frio de la noche que recibió mientras trabajaba al

aire libre, le ocasionó una pleuresía como la que había tenido veinte años antes. Murió dando la última mano á una obra que la muerte le había inspirado.

El Viernes Santo de la semana siguiente, el *Stabat Mater* de Pergolese se ejecutó en la capilla Sixtina de la iglesia de San Pedro en Roma.

## DESDE RIPOLL.

Sr. Director de EL ECO DE LA MONTAÑA.

Aunque poco aptos para el cargo de corresponsal de su digno periódico, gustosos aceptamos el encargo en gracia al entusiasmo que por nuestra querida villa natal siempre hemos sentido. Por otra parte, como no pensamos meternos en cuestiones de bandería, que desgraciadamente las hay aquí, ni mucho menos atacar á personalidad alguna, sino acuparnos únicamente de los intereses del país, ha de sernos mucho más fácil nuestra tarea.

Dos son las cosas que más nos interesan en la actualidad: La restauración del Monasterio de Santa María y el establecimiento del alumbrado eléctrico.

Respecto á la primera, no es fácil que en este verano tenga lugar la inauguración como generalmente y con fundamento se creía, pues á lo que toca al interior del templo puede darse casi por concluido; pero faltan obras exteriores de importancia, entre ellas el pórtico. A este objeto el Ayuntamiento cedió un pequeño edificio adosado á la casa consistorial y que cerraba completamente uno de los arcos del mismo. Así que venga de Gerona el expediente aprobado, se procederá al derribo del mencionado edificio y en seguida la reconstrucción del pórtico, para lo cual están ya preparados todos los materiales, como son las cartelas del artesonado, la pizarra para la cubierta y labrada una columna que faltaba.

La otra cuestión importante para nosotros, el alumbrado eléctrico, del que tanto se había hablado, va por fin á ser una realidad. El Ayuntamiento anterior tenía ya en proyecto esta mejora, y tan adelantados sus trabajos que á no haber sido relevado probablemente la hubiera llevado á cabo. Al tomar posesión de su cargo el nuevo Consistorio, patrocinó la idea, formando el correspondiente expediente, aprobado el cual se adjudicó el alumbrado al único postor D. Lorenzo Suñer. La casa constructora de la turbina y dinamos Sres. Planas y Comp.<sup>a</sup> de Gerona, tiene muy adelantada su construcción, y á no tardar se dará principio á la colocación de postes para el cable conductor del fluido, desde el punto de su producción, en el molino llamado de San Quintín, que dista unos tres kilómetros de esta.

Empiezan á verse por esta villa algunos veranigios, estando ya abiertos los establecimientos de las aguas medicinales de Ribas.

EL CORRESPONSAL.

Ripoll 14 de Julio de 1892.

EXTRACTO DE LA SESIÓN DEL ILMO. AYUNTAMIENTO, 13 JULIO DE 1892.

Como de costumbre celebróse en dicho día la sesión pública ordinaria que presidió el Sr. Alcalde accidental D. José Saderra. Declarada abierta el Secretario dió lectura al acta de la anterior que fué aprobada, sin discusión por unanimidad.

Acto seguido se tomaron los siguientes acuerdos: Asistir una Comisión del Ilmo. Cuerpo municipal al Solemne Oficio que se celebrará en la Iglesia de Nuestra Sra. del Carmen á las diez de la mañana del día de su festividad.

Aprobar el plano de fachada de la casa que proyecta emplazar D. Jaime Baus en la calle de Gerona, sin perjuicio del informe que ha de emitir el Sr. Ingeniero Jefe de obras públicas por tratarse de una construcción dentro de la zona de servidumbre de la carretera de Olot á Gerona.

Autorizar á D. Domingo Ribas para que mediante ciertas condiciones, pueda instalar un kiosco en el paseo del Ferial junto al surtidor de la fuente y lado opuesto al en que existe el otro kiosco.

Y finalmente se aprobaron algunas cuentas pendientes de pago.